

ISABEL DE HERZY
Guillermo de José Cenzillo
Finalista

ISABEL DE HERZY

Acababan de llegar esa tarde a Praga. El tiempo era lluvioso y frío. Mientras sus dos amigas deshacían el equipaje y colgaban la ropa en el armario, Nuria miraba al exterior a través del cristal de la ventana de la habitación del hotel. Ante ella, el río Vltava desprendía vapores de neblina que casi tapaban la pequeña isla Sofía. Estaba nerviosa por salir a la calle, pasear, ver, sentir la esencia de la ciudad, pero sus amigas preferían quedarse esa tarde al calor del hotel que pasear bajo la niebla, la lluvia y el frío. Se giró hacia ellas con su típico gesto de determinación y les dijo que si ellas no querían acompañarla, saldría sola. Necesitaba sentir todo lo que la ciudad le ofrecía. Se puso el abrigo y salió cerrando la puerta a las protestas de sus amigas. En recepción tomó una tarjeta con la dirección y el teléfono del hotel y salió a la calle a través de la puerta giratoria. Se detuvo para ponerse el gorro, la bufanda y los guantes y respiró profundamente. El aire de Praga llenó sus pulmones produciéndole una agradable sensación de libertad. Sonrió mientras se ponía en camino. En el fondo se sentía contenta de que sus amigas hubiesen preferido el calor y la comodidad del hotel que la fría aventura de un paseo por la ciudad. Necesita tener sola ese primer contacto con la ciudad de la cual ya se había enamorado antes de conocerla. Había leído tanto sobre Praga, que sabía que nada más sentir el ambiente de la ciudad en su rostro, la magia de sus rincones, sus calles, sus plazas y su río habrían hecho de ella, de Nuria, una praguense más. Al llegar al Teatro Nacional giró hacia su derecha. Caminaba intuitivamente, sin rumbo fijo y sonreía a los pocos viandantes con los que se cruzaba. Llegó a la plaza San Wenceslao de la que quedó impresionada por su majestuosidad. Levantó los brazos en cruz y el rostro hacia el cielo. Quería sentir la lluvia en su cara. Era como una niña traviesa que se sentía libre para mojarse y chapotear en los charcos. Era feliz.

Deambuló a lo largo y ancho de la plaza disfrutando del movimiento humano que a esas horas todavía se resistía a abandonar el lugar. Un hombre corpulento se le acercó y le hizo una pregunta que ella no comprendió. Repitió una palabra en varios idiomas y ella, comprendiendo al fin hizo un gesto con la mano, como diciendo, "no gracias". El hombre se alejó de ella al tiempo que Nuria se obligó a recordar a la mañana siguiente que tendría que ir con sus amigas a un banco o a una oficina de cambio para convertir sus euros en coronas checas.

Su caminata la llevó hasta las puertas del cementerio de Olsany. Se agarró a la verja y ante su estupor esta se abrió unos centímetros. Una ligera sensación de miedo dio paso a otra más fuerte de curiosidad. Y entró. Paseó por la alameda principal. Unas tenues luces rompían la oscuridad. A medida que caminaba se iba sintiendo más y

más cómoda. Como si el lugar le pareciera vagamente familiar. Al final de la alameda se encontró con los panteones. En muchos de ellos había estatuas que nada tenían que envidiar a las esculpidas por Fidias o Miguel Ángel. Se detuvo frente al panteón de una familia llamada Herzy. Leyó los nombres de los miembros de esa familia enterrados allí durante generaciones. Y uno de ellos le llamó la atención. La condesa Isabel de Herzy. La sensación de familiaridad se iba haciendo más y más intensa. Dio un paso atrás como asustada y entonces la vio. La estatua de la condesa Isabel de Herzy.

No pudo alejar su mirada del rostro esculpido en mármol blanco. El ligero miedo se convirtió en pánico al ver que la cara de la condesa era exactamente igual a la suya, a la Nuria que había ido a esa ciudad porque siempre había sentido una atracción especial por ella. Notó una desagradable sensación de mareo. Se apoyó en la estatua y en ese momento perdió el conocimiento.

Al despertar su primer pensamiento fue de preocupación por el tiempo que había estado sin conocimiento. Acercó su muñeca derecha a su rostro y quedó paralizada. No llevaba reloj y la manga de su abrigo se había convertido en una manga de finos encajes. Miró su cuerpo. Alguien la había desnudado y vestido con ropas de dos siglos atrás. Se levantó asustada y corrió por la alameda. En la puerta había un carruaje. Al llegar, el cochero le abrió la puerta hablándole en un lenguaje extraño que más extrañamente ella entendía... ¡e incluso hablaba! Algo la empujó a subir a la carroza. Los caballos iniciaron el paso. Luego el trote. Las calles estaban vagamente iluminadas por antorchas. El coche de caballos se cruzó con otros carruajes y con algunos peatones. Todos vestían a la usanza del siglo XVIII. Cerró los ojos y se arrebujó en su asiento. Pensó que estaba dormida y soñando. Indudablemente era una pesadilla producto de la fiebre que le habría producido el mojarse y el quedarse inconsciente en el húmedo suelo. Contó hasta cien y los volvió a abrir. En esos momentos el coche de caballos entraba en una especie de jardín. A pocas decenas de metros divisó un edificio, mejor dicho, un palacio imponente. El carruaje se detuvo y alguien le abrió la puerta. Se apeó. Un viejo mayordomo la saludó llamándola señorita Isabel. Nuria se encontró diciendo "¡gracias Andreas!". Con pasos apresurados entró en el palacio.

Su doncella, porque realmente era "su" doncella se apresuró a recibirla en el hall y le echó un chal sobre los hombros. Entró en la biblioteca. Ella "sabía" que la puerta de la izquierda era la de la biblioteca. Se acercó a la gran chimenea encendida y extendió sus manos hacia el fuego tratando de calentarlas, algo que de momento sabía que no podía hacer con su alma. Una voz a sus espaldas pronunció su nombre.

-¡Isabel! - Ella se giró. Quién la había llamado era su padre, el conde de Herzy. ¿Cómo su padre? Ella era Nuria, una chica del siglo XX, no la condesa Isabel de Herzy que vivió en el XVIII.....

-Dime padre.- Nuria se giró encontrándose al conde sentado en una gran butaca y teniendo un libro abierto descansando en su regazo.

-Acércate hija.-La voz era imperativa pero cariñosa y causó en Nuria la primera sensación de tranquilidad desde que se había despertado en el cementerio tendida en el suelo y vestida de esa manera. Se acercó. Al llegar frente a su "padre", con un gesto mecánico se arrodilló en la alfombra y rodeó las piernas de él con sus brazos. - No debes regresar tan tarde y más con el mal tiempo que hace. No quiero que te ocurra como a tu madre. Ella murió de una pulmonía. ¿Lo recuerdas? No claro que no lo recuerdas, apenas habías cumplido los tres años cuando nos dejó. Creo que debes subir a tus aposentos, darte un buen baño caliente y acostarte. Mañana salimos hacia Austria.

El nombre del país vecino hizo recordar a Nuria unas vacaciones en las que ella, o mejor dicho Isabel, por primera vez había conocido el amor.

Había ocurrido tres veranos atrás, durante el mes de julio, durante una breve estancia en casa de sus primos. Atardecía. Jugaba en el jardín con su prima Elena, cuando de detrás de la arboleda próxima a la casa, salió un caballo al galope. El jinete detuvo su montura a pocos metros de ellas y antes de apearse de su cabalgadura, saludó a ambas muchachas con un elegante gesto de su brazo derecho. Se llamaba Wilhelm, príncipe Wilhelm, y era amigo del hermano de Elena. Desde ese momento, Isabel solo tuvo pensamientos para Wilhelm. Y al tener que volver a Praga, a su casa, su corazón había languidecido de pena.

Isabel (o Nuria) besó a su padre en la mejilla y salió de la biblioteca. Sus pasos la llevaron a través del amplio hall y por las escalinatas de mármol hasta sus habitaciones. Algo dentro de ella la empujaba a dar los pasos precisos. Las criadas le prepararon el agua caliente. Al entrar en la amplia bañera de estaño cerró los ojos y pensó en la extraña situación. Y poco a poco se fue quedando dormida. El frío, el cansancio y la tensión la habían rendido.

Soñó que estaba de cacería en los bosques próximos a Kutna Hora, ciudad próxima a Praga donde su familia, la familia de Isabel, tenía una residencia a la cual solían acudir algunos fines de semana durante el invierno y casi todo el mes de agosto en verano. Aunque era una enamorada de la naturaleza y le encantaban los animales, solía acompañar a su padre y a los amigos de este a las cacerías que de vez en

cuando realizaban estos a caballo en los bosques cercanos a la propiedad de la familia de Herzy.

Su caballo galopaba suavemente sorteando con habilidad los árboles que de vez en cuando se encontraban en el camino. Los otros jinetes se habían adelantado. Poco a poco fue ralentizando la marcha de su caballo hasta que se detuvo junto a un pequeño arroyo. Se apeó y ató las riendas a una rama del árbol que tenía más próximo. Caminó lentamente los pasos que le separaban del agua y se sentó a la orilla. Su cuerpo se reflejaba en las calmadas aguas y la imagen le devolvió a Isabel un gesto de preocupación. Pensó en su madre, en aquella mujer que la trajo al mundo y a la que apenas recordaba. Y en su padre, el hombre que había vivido para ella desde entonces. Sonrió al imaginarlo galopando detrás de una presa a la que jamás alcanzaría, porque su padre realmente no era un cazador, odiaba la caza, la crueldad con los humanos y con los animales, pero de vez en cuando, muy a la larga, salí a galopar con sus amigos detrás de esa presa a la cual jamás alcanzaban. Después , cuando los últimos rayos del sol se perdían en el horizonte, cansados, sudorosos y sonrientes, encaminaban a sus monturas hacia el pabellón de caza próximo a la gran casa que presidía la propiedad y en él, les esperaban jugosas viandas y trabajados caldos, que entre risas, recuerdos y a veces fanfarronadas, terminaban por agotar.

Isabel cerró los ojos y dejó que su mano acariciase la superficie del agua. Al cabo de unos pocos segundos, sintió que algo la sobresaltaba. Abrió los ojos y se incorporó apresuradamente. Se giró y no vio a nadie. Caminó hasta su montura que se encontraba completamente tranquilo y le acarició suavemente. El caballo relinchó suavemente en una especie de grito de contento y movió con cierto nerviosismo sus patas. Pero al dejar de acariciarlo, el animal se calmó. Giró su cabeza sin ver a nadie en los alrededores, pero la sensación de sobresalto continuó agobiando su estado de ánimo. Soltó las riendas de la rama del árbol donde las había amarrado y se encaramó a su montura. Caminó al paso durante unos cientos de metros en la dirección en la que minutos antes habían desaparecido su padre y sus amigos hasta que se detuvo en un pequeño claro del bosque. A lo lejos le pareció vislumbrar tres figuras. Debían ser personas, concretamente mujeres, pero estaban demasiado lejos para distinguir las. Arrancó el trote a su caballo y se dirigió hacia esas tres figuras que en la lejanía parecían conversar mientras caminaban. Cuando se encontraba cerca de ellas, y efectivamente, eran tres mujeres, su caballo tropezó en un pequeño desnivel del terreno y la lanzó al suelo. Durante unos segundos su mente entró en la oscuridad y quedó inconsciente. Cuando despertó, ante ella se encontraban tres chicas de una edad similar a la suya, que intentaban reanimarla. Cuando su vista se fue adaptando a

salir de la oscuridad, descubrió con cierto desasosiego que una de las tres mujeres le miraban con expresión de preocupación. Se asustó y preguntó, en una lengua que le era completamente desconocida, por su padre y los amigos del mismo. Una de las chicas le respondió que posiblemente estaría en el club jugando su partido semanal de tenis. Isabel se levantó tambaleándose. Cuando se dio cuenta del entorno en el que se encontraba, su estupor creció y el pánico comenzó a apoderarse de su estado de ánimo. Su ropa, unos pantalones azules de tejido muy poco femenino y una especie de camisola que se le pegaba al torso, le resultaron incómodas, pero sobre todo lo que le aterrorizó fue en encontrarse entre edificios que superaban los veinte pisos de altura y el tremendo ruido que producían unos artefactos metálicos que circulaban a velocidades de vértigo muy cerca de ellas. Miró a las que imaginaba sus amigas y antes de poder articular una palabra más, se desmayó.

Despertó, se encontraba todavía dentro de la bañera. Repasó los acontecimientos vividos antes de dormirse y una sonrisa afloró a sus labios. Al abrir los ojos se sobresaltó. En ese momento escuchó las voces de sus amigas que la llamaban a través de la puerta. Con una voz les avisó que saldría enseguida y mientras se secaba con la amplia toalla del hotel se preguntó cuál de las dos vidas era realmente la suya. Porque a pesar de todo ella "también" era Isabel de Herzy.